

Si se hubiera sacrificado cantidad por calidad, se hubiera logrado el espacio para destacar los ensayos que no aparecen. Y hubiera sido preferible esperar que los recientes escritores castigaran su estilo para incluirlos, como premio, en una colección tan decorosa como ésta.

MIGUEL MÉNDEZ CAMACHO



El Mediterráneo es un mar joven

Cuadernos de un itinerario

Eduardo Mendoza Varela

Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1989, 343 págs.

He repasado recientemente algunas de las crónicas de Cruz y Raya; de Eduardo Mendoza Varela; hay en ellas páginas memorables; entiendo que el autor es mucho más ameno cuando habla de su terruño que cuando sale a andar por el mundo.

El Mediterráneo es un mar joven es una serie de anotaciones desordenadas, olvidadas por años en polvosos anaqueles. Notas perdidas en el texto nos enseñan que fueron escritas en los últimos años de la década de los cincuenta.

Su autor insiste en que no se trata de un libro de viajes sino de un libro de sensaciones. Sospecho que todo libro de viajes tiene la obligación de ser un libro de sensaciones; también creo que el de viajes es uno de los

géneros más difíciles. Leer esos libros es como mirar fotografías ajenas, ejercicio fútil en tanto no haya puntos de identificación muy íntimos entre el viajero y el lector.

Su lectura me recordó, desde luego, los buenos libros griegos de Andrés Holguín. Esto me da pie para una apreciación. Cierta pudor nos veda la dureza contra los muertos antes que estén definitivamente muertos. Prefiero ser un lector discreto. Es más: me disgusta el presuntuoso arte de destrozarse autores para mostrar el ingenio (o el resentimiento) propio. Reclamo solamente mi derecho a la objetividad. En nuestro medio, más que en cualquier otro, cabe la idea de Roland Barthes de que toda crítica debe ser afectuosa. Porque si hacemos la crítica que pide Alfonso Reyes, estableciendo minuciosamente las simpatías y las diferencias con los autores, corremos el riesgo de quedarnos pronto sin literatura.

Pero pasemos al libro. No he conseguido gustarlo. He recorrido las páginas, despaciosamente. En primer lugar, se me antoja demasiado íntimo. Sus claves son muy personales. Tiene el sentimiento de las cosas bellas, pero...

Tampoco es deplorable. Casi no hay libro que lo sea. Simplemente sus descripciones son letárgicas. Convoacan al bostezo. Me aqueja la desgraciada enfermedad de leer una página pensando en otra cosa. Síntoma bien conocido, que en condiciones normales envía de inmediato el libro a su estante vacío en la biblioteca, en espera del día en que mis herederos lo vendan o lo quemem. Seguí, tozudamente esperanzado, en busca de algún tesoro oculto... No sólo la última parte, sino todo el volumen, se convierte en un viaje por las estériles provincias del Asia Menor. Sin embargo, hay allí hendijas de lucidez, como cuando anota: "Girar con el ánimo desprevenido, sin metas ni itinerarios, me ha dado siempre los mejores resultados".

Seguramente no le falta erudición, pero ésta me parece de segunda mano (una original bibliografía a posteriori parecería confirmarlo) y más cargosa que embellecedora. Quizá pueda disculpar al autor el hecho de que escribió

para sí mismo y tal vez jamás quiso ver en la imprenta sus impresiones.

Como el autor, amo la Umbria, amo la Toscana, con sus "pueblos atalayados sobre el paisaje conmovedor", pero... Pasamos por las vegas del Chianti, "la más refinada de las campiñas", por el hermoso pueblito de San Gimignano, al que una atroz tradición quiere llamar el "Manhattan del siglo XIII". Mendoza Varela advierte una dicotomía cuando menos curiosa: los santos purpurados, ostentosos, barrocos, de Roma, frente a los santos humildes de la campiña, santos de la Umbria y de la Toscana, humanos, profundamente humanos, como Francisco de Asís o Catalina de Siena. Sin embargo, pasé sobre Asís sin que se despertaran los ecos que alguna vez me despertara Chesterton.

Ahí están los olivos, los cipreses de Toscana. Pero allí la poesía sólo puede gastarse con las palabras. Porque ella se justifica a sí misma.

Estuve en Grecia, en compañía del autor. La mejor descripción de Atenas se la debo a un amigo: "Atenas es igual a Armenia, pero con Partenón". Visité, en las páginas del libro, el sorprendente museo de Atenas y, como el autor, deseché el caos mental de la visita turística, pero...

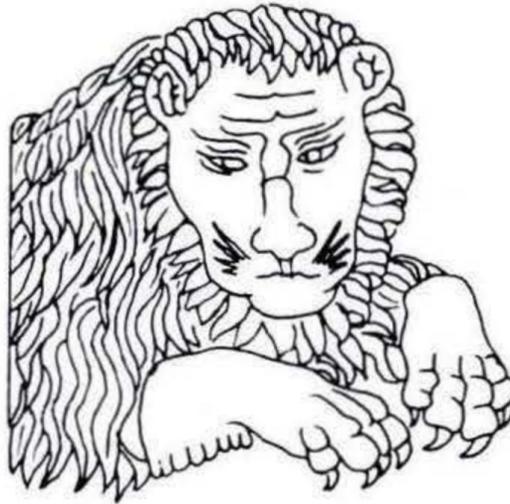
En Roma, con "su hondo lenguaje de cisterna", me sorprendió la saña con que los primeros cristianos derribaron todo rastro del imperio. Vi a las solteras que acuden cada año, puntualmente, a Palestrina (en Italia), para rezar a San Antonio. Recorri una Palestina (en Asia), calurosa y desértica. Observé a Vespasiano arrojando sartaes de esclavos vivos en el Mar Muerto. Quise admirar a Jerusalén, que "parece la proa de un navío fantástico anclado en medio del desierto". No dudo que sea un lugar mágico, pero...

Recorri sus estampas... pero no encontré una visión que no repitiera los eternos lugares comunes. De todos modos es un testimonio de un personaje de una especie que se extingue. Pero, en suma, me ha parecido una obra de segundo orden de un escritor de segundo orden, a la cual es fácil otorgarle el olvido.

Basta de peros. Contra este volumen tengo solamente un reproche, el

único reproche que en verdad se puede hacer a un libro: el aburrimiento. Así mismo, reconozco que es reproche valedero sólo para mí, quizá no para otro lector. Ahí quedan los caminos de Grecia, los caminos de Italia y los caminos de Palestina, para quien quiera transitarlos nuevamente sin fatiga corporal. Yo no pude hacerlo.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



y ajenos a los "miembros de la tribu del sapo y el conejo", que lo presionan y le exigen una constante dedicación y satisfacción a su necesidad de maravillas, tan acusiosa en la infancia y tan superficialmente satisfecha por nuestras modernas usanzas educativas. El libro se desarrolla, pues, a lo largo de dos planos claramente diferenciales y estrechamente unidos: por una parte la relación epistolar entre dos personajes concretos y objetivos, Tomás y Laura, en la que se refieren hechos y cosas pertenecientes al mundo de la realidad comprobable, cotidiana y maravillosa, en gracia al oficio transformador de la escritura, y por obra de su entrelazamiento permanente con un segundo plano de narración, en donde el protagonista deja de tener un nombre propio para convertirse en la universalidad de la imaginación y sus formas, siempre jóvenes e inagotables. Son seis relatos que encajan su diversidad y su libérrima determinación espacial y temporal entre los espolones firmes y determinados de una correspondencia de diez cartas que narran, describen y sugieren una realidad precisa, con su tiempo y su espacio definido y determinable. Gran parte de la riqueza del texto estriba precisamente en este entrelazamiento que armoniza y cohesiona seres y acciones de dos universos diferentes. Ahora bien: el hecho de intercalar un mundo anecdótico y específico en uno más amplio y total, que no constituye mayor novedad en el amplísimo ámbito del oficio literario, en el caso de *Cartas del palomar* adquiere especial realce, puesto que responde efectivamente a un desafío inicial, a saber: ser un libro infantil, estar

escrito para niños y representar para ellos la opción de búsqueda de ensombraciones y juegos. La narración intercalada, conservándose en su estructura, tendría que llegar a ser simple y elemental, consiguiendo, por tanto, ser absuelta por la inapelable inteligencia de los niños. Existe una gran diferencia entre un libro que reúna o antologue un conjunto de cuentos, de uno o varios autores, y un libro de cuentos que en su conjunto se comporte como un relato en sí mismo, en el que la noción de unidad narrativa prevalezca sobre cualquier otro tipo de unidad "exterior". Cuando nos enfrentamos a una obra construida como totalidad, así cada una de sus partes sea íntegra por propia naturaleza, es la integración orgánica la que predomina. *Cartas del palomar* es un trabajo en el que una historia cotidiana y específica engarza a otras, maravillosas y fantásticas, alrededor de un eje de acontecimientos muy precisos. En principio se trataría de equilibrar y coadyuvar la magnitud y el brillo de unas y otras, de tal manera que, así como en una obra musical armonía y melodía se integran y diferencian dinámicamente, el peso de una no ofusque ni minimice a la otra. La intención unificadora, verificable en principio, no se avendría con un tratamiento en el que lo prioritario fuese una cosa u otra, para lo cual el plano de relación epistolar, objetivo y cotidiano, tendría que cargarse con la fuerza mágica que las narraciones por sí mismas tienen.

Fanny Buitrago ha mostrado en su trabajo un ostensible deseo de recuperar el espacio perdido por la literatura frente a los medios sociales de comunicación. El afán de procurar al niño una posibilidad lúdica suficientemente apasionante que le permita optar frente al mundo de las comunicaciones masivas, se ve reforzado con firmeza en las páginas de *Cartas del palomar*.

RAFAEL MAURICIO MÉNDEZ B.

La tribu del sapo y del conejo

Cartas del palomar

Fanny Buitrago

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1988.

94 págs.

Un niño de nombre Tomás está pasando por una inacabable racha de acontecimientos entre trágicos y dichosos: ha cumplido doce años, lo que le da derecho a comportarse como un hombre serio y responsable; ha recibido de regalo, entre otros, una bicicleta y un yeso en la pierna derecha como premio adicional; se ve sitiado diariamente por las visitas de una "tribu" de pequeñas gentes irascibles y vehementes que le exigen se comporte como un auténtico contador de historias, so pena de asedio sin término fijo, y recibe constantemente las cartas de una prima confidente, Laura, a las que responde con toda diligencia. Este es el núcleo alrededor del cual giran las páginas del libro *Cartas del palomar*, de la escritora barranquillera Fanny Buitrago, obra con la cual incursiona una vez más en el prolijo mundo de la literatura infantil.

A lo largo de 94 páginas cuidadosamente ilustradas por Ivar da Coll, se desenvuelven los pormenores de un conflicto con antecedentes ilustres en la literatura universal: un personaje amenazado se ve en la necesidad de recurrir a su imaginación para salir bien librado del peligro. Así, Tomás, como una moderna Sheherazada, cuenta y cuenta relatos propios